

á ella todos los secretarios de legación, como si se hubiese querido que el mayor número posible de testigos presenciaran aquel rompimiento solemne. Apenas abierta la sesión, el general Prim recordó los primeros actos de la campaña y luego concretó claramente el objeto de la reunión en los siguientes términos: zera compatible con el convenio de Londres y con los preliminares de la Soledad la presencia del general Almonte entre las filas de las tropas francesas? El almirante Jurién, puesto en el caso de dar una explicación, hizolo con mucha lealtad, esforzándose por disimular bajo la cortesía de las formas la crudeza de los disentimientos y declarando: que lejos de violar el tratado de la Soledad lo cumpliría al pie de la letra, costárale lo que le costara; que al retirar sus tropas de Tehuacán y comenzar el movimiento de retroceso, había indicado ya su voluntad de no aprovecharse de las posiciones benévolamente concedidas, y que no abandonaría á Almonte porque era un proscrito que, como tal, tenía derecho á la protección y que regresaba á su patria no para encender la guerra, sino con intenciones conciliadoras y por indicación del propio emperador, que le honraba con su benevolencia. Sir Carlos Wyke y el general Prim protestaron: «Almonte, replicaron uno y otro, no es un desertado á quien se trata de proteger contra sus enemigos políticos, sino que por su propia voluntad ha abandonado el asilo seguro de Europa y ha desembarcado en México animado de propósitos hostiles contra el gobierno establecido. ¿Es correcto que le prestemos nuestro apoyo mientras negociamos con ese mismo gobierno? No pedimos que Almonte sea entregado á Juárez, pero sí que se le envíe nuevamente á Veracruz.» Los ingleses y los españoles invocaron una vez más el convenio de Londres, á lo que contestó Jurién con cierta energía: «Si el convenio de Londres ha sido violado, lo ha sido no tanto por la protección otorgada al general Almonte como por los excesivos miramientos que hemos guardado al gobierno de Juárez;» y, como acusándose á sí mismo, añadió que más conforme con las intenciones de su soberano hubiera estado la conducta aconsejada por el Sr. de Saligny. Hasta entonces la discusión había sido correcta, pero la intervención del Sr. de Saligny dió al debate un carácter apasionado; el ministro de Francia atacó con gran vigor al gobierno de Juárez y recapituló todos los recientes agravios por nuestros nacionales recibidos. «Es muy extraño, arguyó sir Carlos Wyke con acritud, que no haya llegado hasta nosotros la noticia de estos agravios.—Los súbditos franceses, replicó el Sr. de Saligny, no acostumbran exponer sus quejas á la legación británica.» Ante este lenguaje, repuso sir Carlos Wyke con mayor acrimonia: «¿No habéis dicho que el convenio de la Soledad no tenía á vuestros ojos más valor que el del papel que había servido para escribirlo?—No tengo confianza alguna en los que gobiernan México,» respondió el señor de Saligny. Y una vez perdido el mutuo respeto, comenzaron las recriminaciones que hasta entonces habían estado contenidas. El general Prim, interpellando directamente al Sr. de Saligny, le dijo: «Habéis dicho á uno de nuestros coroneles y al cónsul de España que el secreto de mi hostilidad á la monarquía de Maximiliano eran mis propias aspiraciones al imperio de México; os ruego que me expliquéis estas palabras.—No he hecho

TOMO XI

más que repetir lo que en todas partes se decía,» replicó el ministro de Francia; y de un modo bastante artificioso enumeró las insinuaciones, las cartas y los artículos de periódicos que habían dado origen á aquel rumor. El general español negó solemnemente toda ambición personal. La reunión era cada vez más tumultuosa y para la dignidad de los plenipotenciarios era de desear que no se prolongara: sir Carlos Wyke y el general Prim volvieron á pedir el alejamiento de Almonte, á lo que se negaron unánimemente los dos comisionados franceses; entonces los ingleses y los españoles, dando por terminada la conferencia, anunciaron su resolución de reembarcar sus tropas para Europa.

No tardaron en cumplir su palabra. Los marinos ya se habían embarcado; y en cuanto á los batallones españoles víoseles á mediados de abril bajar de Orizaba á las *tierras calientes* y llegar luego á Veracruz desde donde regresaron á la Habana. La Gran Bretaña apresuró á ratificar las resoluciones adoptadas por sus plenipotenciarios; en España la conducta de Prim fué asimismo aprobada oficialmente, pero en el público subsistió el pesar de ver interrumpida una gran empresa que durante algún tiempo había halagado el orgullo nacional. Cuando se separaban los aliados, los unos para comenzar la guerra y los otros para emprender la retirada, llegó el correo de Francia que llevaba al almirante Jurién de la Graviere la desaprobación del tratado que había firmado. El valiente marino, caído en desgracia, retiróse, aunque por poco tiempo: era la primera víctima de México.

## VI

En el transcurso de la larga aventura mexicana veremos surgir muchos peligros, políticos y militares. Crítica como ninguna fué la situación de Lorencez, que se había quedado solo en Córdoba, mientras se dirigían á Veracruz y los buques ingleses desaparecían con rumbo hacia las Bermudas.

El pequeño ejército contaba apenas seis mil combatientes, excelentes soldados, sin duda alguna, y muy aguerridos, pero cuya calidad no compensaba lo reducido del número, y por añadidura á dos mil leguas de distancia de la patria. Entre Veracruz, base de nuestras operaciones, y las regiones en que nuestras tropas acampaban, extendíase la ancha faja de las *tierras calientes* que muy pronto se vería infestada por las guerrillas y por la fiebre amarilla, más terrible aún que éstas. La desdichada guarnición que se había quedado en Veracruz no era otra cosa que una presa de antemano abandonada al vómito y no se sabía qué quedaría de ella cuando volviera la estación salubre. Al Oeste, por la parte de las mesetas, había una región inmensa, poco conocida y que había de ofrecer innumerables refugios á nuestros adversarios vencidos. El mismo caudillo no parecía á la altura de la misión que se le había confiado: general de división desde hacía unos días solamente, no tenía el hábito ni la autoridad de los grandes mandos, y aunque los que de cerca le conocían alababan su valor, su rectitud y la distinción de sus maneras, no formulaban sino un elogio muy reservado respecto de todo lo demás. Frío, retraído, de porte severo, observador exacto de la disciplina para los demás como para

él mismo, el general de Lorencez se recomendaba más por las cualidades que impone la estima que por las que conquistan las armas; haría imperar á su alrededor la obediencia, pero sin prestigio, inspiraría sólo una mediana confianza en sus capacidades, y no conquistaría popularidad hasta el fin de su mando, cuando una comunidad de pruebas y una semi desgracia, al poner de relieve sus virtudes militares, afirmarían los vínculos entre él y sus compañeros de armas. Por otra parte, el nuevo general en jefe había vivido hasta entonces apartado de la política, carecía de la agudeza que descubre ó frustra la intriga y no sabía de la cuestión mexicana más que lo que recientemente había aprendido; esta ignorancia le obligaría á verlo y á juzgarlo todo por ajenos ojos, y si los que le inspiraban le comunicaban impresiones viciadas por el interés ó por la pasión, se apartaría, sin darse de ello cuenta, de la realidad, lo cual engendraría una nueva causa de error ó de fracaso en una empresa cuyas dificultades eran ya innumerales.

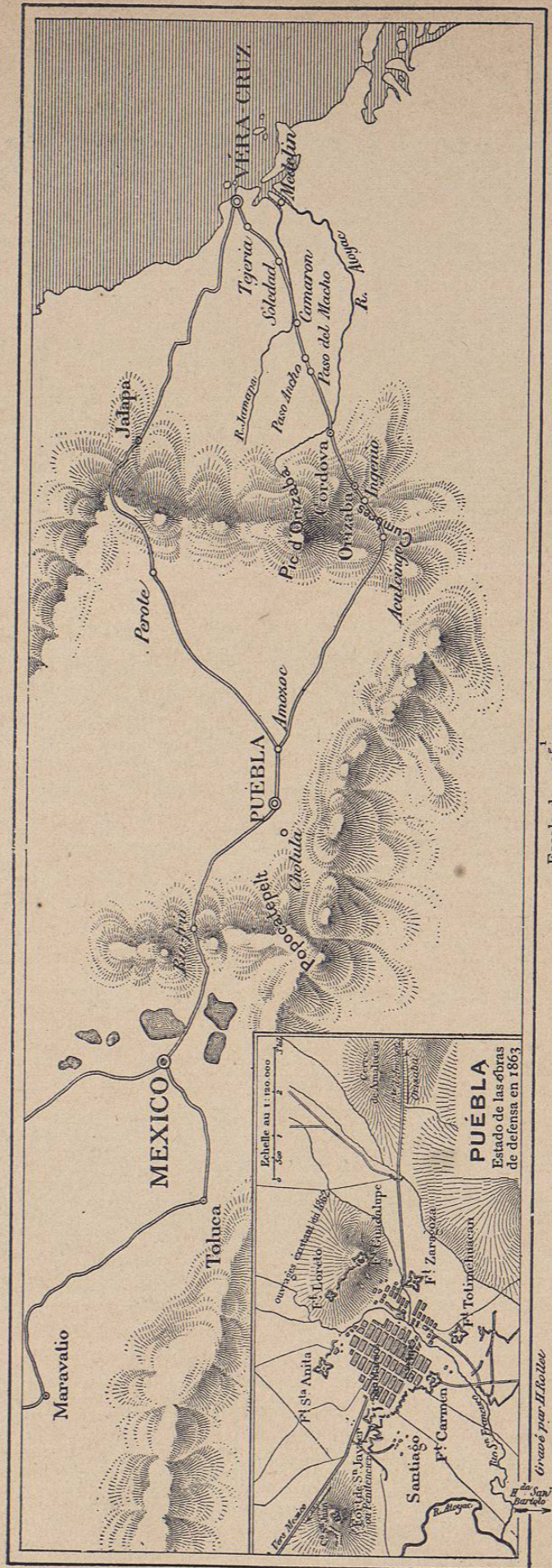
Hay muchas maneras de afrontar friamente los peligros: quiénes los dominan con la elevación de su alma ó de su genio; quiénes no se preocupan de ellos porque no logran descubrirlos. El general Lorencez fué, al parecer, de estos últimos: en París le habían dicho, fundándose en los despachos llegados de México, que apenas desembarcado encontraría allí á todo el mundo dispuesto á abrirle los brazos y llevaba sus ilusiones á los mismos sitios en donde habían sido forjadas. Cierta que el lenguaje de los comisionados españoles é ingleses, las tristes dudas del honrado y previsor Jurien de la Graviere y el mismo aspecto de las cosas debieran haberle ilustrado; pero desde el primer momento Saligny lo cogió por su cuenta, le engañó y supo conquistar, y como lo que éste decía era lo mismo que en las Tullerías había oído, no dudó de que el ministro de Francia era el verdadero, el único representante del emperador. En vano los demás habían llevado más adelante á Córdoba, á Orizaba y á Tehuacán sus informes, sus dictámenes, sus pareceres; el general tenía ya formado su convencimiento, y como era hombre de una seriedad y entereza extraordinarias, todas las advertencias que se le hicieron resbalaron sobre su espíritu sin penetrar en él. Si no se había triunfado, debíase á la timidez, á las consideraciones guardadas al miserable Juárez; si no se había descubierto aquel famoso partido monárquico, era porque nadie se había atrevido á ir á buscarlo en el interior del país, en Puebla, en México: así hablaba Saligny y así hablaba, inspirándose en sus palabras, su fiel eco Lorencez. En tal disposición de ánimo adoptó el general en jefe, sin turbación y sin demasiado temor, las medidas que habían de inaugurar la guerra.

A la salida de la conferencia del 9 de abril habían los comisionados franceses notificado á Juárez la próxima ruptura de las hostilidades, alegando en apoyo de este rompimiento las nuevas vejaciones cometidas contra nuestros nacionales, el asesinato de muchos de nuestros soldados en el camino de Veracruz y, finalmente, los rigores reclamados contra Almonte y sus compañeros. El día 16, un manifiesto dirigido al pueblo mexicano hizo públicas las intenciones de Francia que no eran conquistar México, sino regenerarlo; y al día si-

guiente Almonte, con la esperanza de reunir á los monárquicos, tan tardos en tomar un partido, decretó la creación de un gobierno provisional, del que se declaró jefe, y hasta trazó una especie de programa que se denominó el *plan de Córdoba*. Sin embargo, una preocupación dominaba á Lorencez en vísperas de la lucha y era el *convenio de la Soledad*: declararlo nulo y emprender el movimiento de avance era exponerse á ser acusado de perjurio; descender de nuevo hasta Paso Ancho, como disponía el artículo cuarto del tratado, para luego volver á subir á las mesetas equivalía á ir en busca de las fiebres. Pero á todo esto surgió un incidente, en apariencia insignificante, pero que el general se complació en agrandar á sus propios ojos y á los ojos de los demás á fin de sacudir los lazos que le embarazaban.

Cuando el almirante Jurien, iniciando el movimiento retrógrado que el convenio de la Soledad impusiera, condujo nuevamente sus tropas de Tehuacán á Córdoba, dejó sus numerosos enfermos en Orizaba confiándolos á la lealtad mexicana. El día 12 de abril, aquellos enfermos fueron trasladados de un hospital á otro, y como muchos de ellos, ya en plena convalecencia, atravesaron la ciudad armados, circuló inmediatamente el rumor de que los franceses al abandonar la población habían dejado un destacamento de hombres válidos para proteger á sus enfermos. El general Saragoza acogió aquel rumor y en una carta bastante altanera pidió á Lorencez que retirara cuanto antes aquella guardia; aquel mensaje irritó profundamente al general francés, el cual aparentó mostrarse muy ofendido. La aparición de guerrillas en las inmediaciones de Veracruz y algunos ataques de que habían sido víctimas varios militares aislados, habíanle parecido ya otras tantas violaciones del tratado de la Soledad; y sea que sus aprensiones fueran reales, sea que juzgara oportuno fingirse muy alarmado, vió ó creyó ver en la nota del general Saragoza una especie de amenaza para los soldados que se habían quedado en territorio enemigo y manifestó el temor de que llegasen á ser «rehenes expuestos á los excesos de un ejército indisciplinado y de unos jefes sin escrúpulos.» En su consecuencia, revocó todas las órdenes de marcha retrógrada, y acabando de romper lo poco que subsistía del desdichado convenio, resolvió marchar aquella noche misma sobre Orizaba al frente de su ejército. En el fondo, el pretexto era muy endeble, pues pocas horas después, Saragoza, mejor informado, retiró lo que había dicho en su primer despacho, y además, si nuestros enfermos hubiesen podido correr algún riesgo, la ruptura del tratado habría sido el acto más á propósito para agravar su suerte, porque los mexicanos habrían tenido tiempo de hacerlos prisioneros y tal vez de matarlos antes de la llegada de nuestras columnas. Pero Lorencez sentía impaciencia por combatir y sobre todo ansiaba ahorrar á sus tropas un descenso, aunque fuese pasajero, á la región de las fiebres. «Si vuestro ejército no sube inmediatamente hasta más allá de Córdoba, escribía en aquella sazón al Sr. de Saligny el ministro de Prusia, será diezmado por el vómito y por las fiebres perniciosas. Uno y otras vendrán con las lluvias, y cuando la infección haya invadido vuestras tropas, será demasiado tarde. Todas las cuestiones y todos los convenios políticos desaparecen ante el peligro de sacrificar millares de hombres á las epidemias de un clima mortífero... Mis

CAMINO DE VERACRUZ A MÉXICO



Escala de 1:256.000

temores se fundan en una larga permanencia en este país. El gobierno mexicano, que conoce todos estos peligros, hará cuanto pueda para deteneros aún durante algún tiempo (1).» Lorencez tenía siempre presente esta advertencia que concordaba con otros informes no menos alarmantes y que era bastante grave para hacer vacilar su conciencia. Además, dado lo reducido de sus efectivos, no podía perder un solo hombre. En estas circunstancias, la carta altanera de Saragoza llegó muy oportunamente y motivó una determinación que es difícil juzgar fuera de la época y de las condiciones en que fué adoptada, y que sería también temerario condenar ó aprobar.

El 20 de abril, después de un corto combate cerca de Fortín, entró Lorencez en Orizaba, encontrando allí á sus enfermos, que no habían sufrido el menor daño. Entonces por fin llegaron numerosas adhesiones procedentes del interior, de las cuales las más notables eran la del general Mejía, de origen indio y muy influyente en la región montañosa que se extiende más allá de Querétaro, y la del general Márquez, militar de pocos escrúpulos, pero de rara energía y demasiado comprometido dentro del partido revolucionario para poder desertar de él. Al mismo tiempo aparecieron las primeras tropas mexicanas, 2 ó 300 jinetes conducidos á nuestro campamento por el general Gálvez. Nuestros soldados contemplaban con cierta sorpresa á aquellos auxiliares de aspecto mísero, que marchaban sin orden ni disciplina, seguidos de un largo cortejo de mujeres que cuidaban de los bagajes y de los utensilios de campamento. Sin embargo, los caballos eran bastante buenos, las armas pasaderas y los hombres flacos, enjutos, nerviosos y al parecer muy resistentes á la fatiga. En resumidas cuentas, aquel concurso de los indígenas no pasaba de mediano; pero Lorencez no se preocupaba por ello y sus miradas se fijaban con orgullo en su pequeño ejército que ofrecía el aspecto más marcial. Componíase éste de cuerpos escogidos: el segundo de zuavos, sacado de Africa, el primer batallón de cazadores de á pie, el 99.º de línea, mandado por el valiente coronel L'Heriller, de un regimiento de infantería de marina y de un batallón de marinos fusileros, no tan buenos andarines como sus camaradas, pero en todo lo demás excelentes y en el combate terribles. El aire salubre de las mesetas acababa de disipar las influencias mórbidas de las tierras bajas y la mayoría de los enfermos eran dados de alta en las ambulancias. La belleza del clima y la abundancia de todo acentuaban el buen ánimo, la alegría y el buen humor de nuestras tropas; á lo cual se juntaban la atracción de lo desconocido, la perspectiva de gloriosas aventuras, es decir, todo cuanto excita el alma del soldado. «Tenemos sobre los mexicanos, escribía al ministro de la Guerra, tal superioridad, que ruego á Vuestra Excelencia tenga la bondad de decir al emperador que desde ahora, al frente de sus 6.000 soldados, soy dueño de México. Lamentaría vivamente que las correspondencias oficiales ó particulares hubieran hecho desistir al emperador de sus proyectos sobre México y vacilar al príncipe Maximiliano en aceptar la corona que Su Majestad quería ceñir en su cabeza. Estoy cada día más convencido de que, como ya he teni-

do el honor de escribirlo á Vuestra Excelencia, la monarquía es el único gobierno que conviene á México, y tengo asimismo la seguridad de que dentro de pocos años este país, bien gobernado, gozará de inaudita prosperidad.»

El 27 de abril los franceses salieron de Orizaba. A pocas leguas de allí, álzanse las grandes y las pequeñas cumbres, inmenso basamento rocoso que sostiene la meseta del Anahuac y separa las tierras templadas de las frías (2). En aquellos parajes esperaba Saragoza á sus adversarios, teniendo en favor suyo, aparte de otras ventajas, la excelencia de su posición; pero el arrojo de



El general Almonte

los nuestros arrolló todos los obstáculos, y el enemigo, por todas partes rechazado, hubo de cedernos el acceso á las alturas. Esta victoria, conseguida con muy escasas pérdidas, aumentó las esperanzas. Por etapas, y como en país ya pacificado, encamináronse nuestras tropas hacia Puebla, con propósito de atacarla y seguras de apoderarse de ella, con lo cual quedaría libre el camino hasta México; pero ¿sería necesario aquel ataque? Según el Sr. Dubois de Saligny, Puebla de los Angeles, la ciudad piadosa, era completamente adicta al partido reaccionario y estaba llena de amigos nuestros, quienes saldrían á recibirnos y entre repiques de las campanas de las iglesias entraríamos en la población como libertadores.

El día 4 nuestro ejército vivaqueó en Amozoc; pero nuestros supuestos amigos no parecían por ningún lado; en cambio, supose que Juárez había dado orden de que se defendiera la plaza hasta el último trance. La guarnición se componía de unos 12 000 hombres y Saragoza, uno de los generales más hostiles á la intervención, estaba investido del mando supremo; en todas las bocacalles se habían levantado barricadas. Era posible y aun probable que tuviéramos partidarios en la ciudad, pero encerrados en la plaza, dominados por la autori-

(1) Véase Noix, *Expédition du Mexique*, pág. 137.

(2) Véase el mapa adjunto.